Al hotel Fontana en Barranquilla se llega por la vía 40, queda diagonal al Sena, sobre la carrera 43, en una calle llena de venta de chances, frutas y mercaditos pequeños. No es un hotel de los que se clasifican con estrellas, allá llegan los que lo conocen, al final eso no importa, todas estas cosas o importan mucho cuando te diagnostican cáncer.

Me encuentro primero con esta simpática pareja, Ardonis Alejandro Livingston y Miguelina Bent Bent, ambos son abuelos de Providencia que empezaron este éxodo hace casi dos años y ya han ido venido tres veces buscando quimioterapia y respuestas. Recibieron la quimioterapia, pero las respuestas están en español y como me lo hacen saber al principio, esa siempre ha sido una barrera.

Cuando nos sentamos en el comedor del hotel, me hacen saber que esperan hace 16 días algo que llaman “la prórroga”, que es una autorización que les permitiría seguir viviendo bajo este techo. Ya no tienen dinero, se fue en las taxis yendo y volviendo de los tratamientos, se gastó en zanahorias y remolachas, peleándole a la anemia que tiene Ardonis por someterse al veneno que mata el tumor que crece en el pulmón.

Hablamos de todo un poco, me cuentan de sus nietos, entonces ambos lloran, pero él le seca las lágrimas con una servilleta de papel doblada en forma de triángulo. Miguelina, su esposa –que lo acompaña esta vez desde hace cinco meses– se mantiene a su lado aunque su corazón esta partido: no ha podido ir a ver a su hijo que salió de la cárcel después de ocho años, le debe a él un abrazo y un millón de besos.

Mientras ella me lo cuenta, Ardonis baja la cabeza –se siente su culpa–, lamenta haber enfermado, haberlos separado de la nieta de cuatro años que cuando llama les dice que si ya no la quieren, que ¿cuándo vuelven?, que ¿porque?... Miguelina seca sus lágrimas ahora.

Quisieran volver por un día a su isla, extrañan todo, el olor a mar, la comida, el paisaje, su familia. Pero saben que tienen una condena impuesta por ser insulares, por ser ciudadanos de segunda clase en un país de tercera.

Cuando viajan vienen siempre con escala, pasan por Bogotá y Ardonis se descompensa por las cinco horas que somete su cuerpo débil al frio, el solo pensar en hacer otra vez el transito lo pone tembloroso.

Este domingo cumple 66 años, y en diciembre termina su contrato. Después de ahí, todo es incertidumbre. Todo esto hace que tener cáncer sea solo una parte pequeña de la tragedia que los agobia.

Orma Wilson está en su cuarto, en el segundo piso, allá llegó escoltada por su hija. Su historia se teje alrededor de una masita en el seno izquierdo que pasó desapercibida en todas las mamografías que se hizo en San Andrés. Esta bolita de malignidad la alejó de su casa, de sus flores y de su iglesia.

El cáncer la hizo deprimirse, la dejó insomne y lagrimosa en el cuarto que comparte con su hija. Su relato está plagado de poesía: “uno viene acá, a la edad en que creyó que estaba todo resuelto, viene a dudar de su fe, de su cordura… es bueno que a pesar de todo, Dios no me haya abandonado”.

Cuenta como sus hijos mantienen su cariño vigente, como su comunidad hace lo posible por mantenerse presente, pero eso, aunque amoroso, no reemplaza el no haber visto florecer el árbol de naranjas que tiene en su patio.

Un amigo me dijo una vez que uno es de donde tiene a sus muertos, no a sus hijos. Y ¿entonces? Este éxodo para buscar la medicina que había hace quince años en la isla y que

ahora es esta colección de historias de desplazados ¿Qué nos hace? ¿Mendigos de la salud?